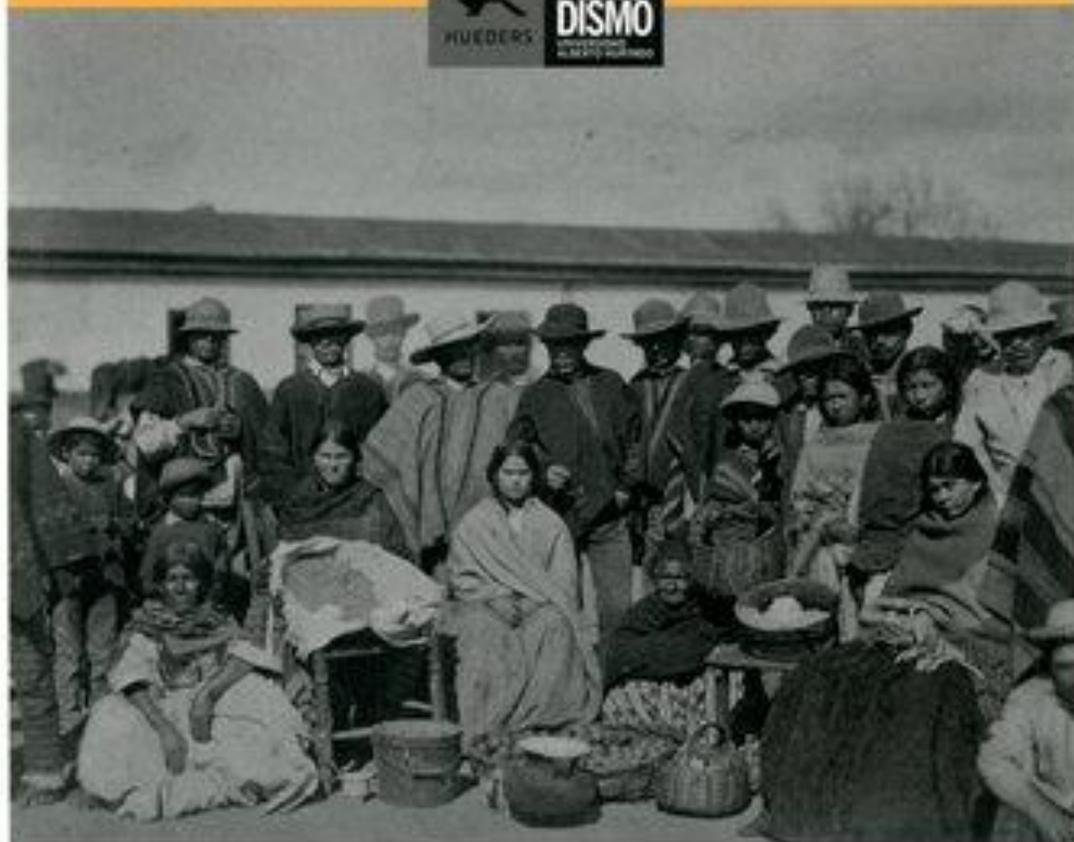




ANTOLOGÍA DE LA CRÓNICA PERIODÍSTICA CHILENA

1813-1881

VOLUMEN I



Antología de la crónica periodística chilena/ 1813 - 1881
VOLUMEN I

© Editorial Hueders
Primera edición: diciembre de 2016

ISBN 978-956-365-034-1

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida
sin la autorización de los editores.

Coordinación editorial: Juan Cristóbal Peña

Diseño: Inés Picchetti

Imágenes de portada: Eugène Maunoury/ Biblioteca Nacional de Francia

HUEDERS 

www.hueders.cl | contacto@hueders.cl

SANTIAGO DE CHILE

GO
y de
Uni
vers
Estu
ha c
Chi
inve
ta e
Chi
cas.
de r
en r
vulg
Cul
Clir
par
cun
con

VOLUMEN I



ANTOLOGÍA
DE LA CRÓNICA
PERIODÍSTICA
CHILENA

(1813 - 1881)

SELECCIÓN DE GONZALO PERALTA

PRÓLOGO

GONZALO PERALTA

Al hacer una antología de crónicas periodísticas chilenas, la primera tarea que se impone es intentar desentrañar qué es una crónica. Género ambiguo, fronterizo entre el relato histórico, el registro periodístico y la obra literaria. A lo largo de los siglos, debido justamente a su ambigüedad, ha persistido y sobrevivido en constante mutación. Una crónica de indias como los *Naufragios*, de Cabeza de Vaca, abundante en fatigas y desventuras, es distinta a la crónica de José Martí haciendo el elogio de Jesse James, ajusticiado por la espalda, y estas dos difieren de las crónicas urbanas barriobajeras de Pedro Lemebel. Sin embargo, todas ellas califican como crónicas. Es precisamente esa ambigüedad, tan característica de la crónica, la que le otorga su capacidad de adaptación.

La crónica sobrevive con energía inusitada justamente porque cambia, y cambia merced al testimonio de sus cronistas, atentos al signo, al pulso de los tiempos que ellos mismos viven y registran. Por ello refleja de manera tan poderosa el momento histórico en que se ha producido. La crónica es, necesariamente, un ejercicio de historicidad. De ahí se desprende también que, para intentar asir este género elusivo y variable, se requiere estar atentos a la historia, al devenir cambiante de la crónica a lo largo de los siglos.

Pero hay algunos elementos, básicos y constantes, que aquí queremos relevar. Primero que nada, son relatos, narraciones, escritas en prosa. Segundo, su cualidad testimonial. Las crónicas son el registro o testimonio de algún hecho ocurrido en "la realidad". Otra tercera, la situación del autor, quien funge como protagonista, testigo o sujeto informado de primera mano de los sucesos relatados y que pretende, por esa posición cercana a los hechos, acreditar verosimilitud.

Antigua y persistente, a la crónica se la puede pesquisar desde Jenofonte empujando a sus tropas por Asia en demanda del hogar y la vida. Algunos descreídos han considerado al Nuevo Testamento como una suerte de crónica redactada por los santos evangelistas con afanes probativos y reclutadores. Roma fue pródiga en crónicas,

unas bélicas y otras lujuriosas, como corresponde a su carácter. La Edad Media alumbró un considerable número de crónicas, todas ellas constitutivas de los diversos clanes que derivarán en las actuales naciones europeas. Desde el Renacimiento, las crónicas se embarcan y viajan. Así llegan a nuestras costas. El primer registro sobre Chile proviene de la crónica de Antonio Pigafetta cuando, el 21 de octubre de 1520, penetró en el "Estrecho de las 11 mil vírgenes", hoy conocido por el menos sugestivo nombre de Estrecho de Magallanes. Ahí refiere las costas montañosas cubiertas de nieve, la profundidad de las aguas y el clima borrascoso.

La producción literaria en el Chile del siglo XVI es escasísima. Nada de raro en un país lejano y en perpetua guerra. Alumbra con brillo propio *La Araucana*, poema épico que vio la luz entre 1569 y 1589. Pero antes, en 1558, Jerónimo de Vivar ya había escrito su *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Ahí el soldado cronista declaraba que su obra se sostenía en que "he hecho y recopilado esta relación de lo que yo por mis ojos vi y por mis pies anduve y con la voluntad seguí". Vivar está ahí y escribe sobre el combate en Andalién, navega al Estrecho de Magallanes, presencia el suplicio de Caupolicán ante el desprecio de Tegalda. Entre 1551 y 1562 otro cronista soldado, Pedro Mariño de Lobera,

redactaba su *Crónica del Reino de Chile*. Finalmente en 1572 Alonso de Góngora Marmolejo, también soldado escritor, comenzaba a trabajar en su *Historia de todas las cosas que han acaecido en el Reino de Chile y de los que lo han gobernado*. Así, entre la espada y la pluma, desde las fatigas de un territorio violento y primitivo, estos tres cronistas dan inicio a la cultura letrada en Chile. Para cualquiera que desee conocer nuestra historia en sus albores, resulta indispensable leer estas obras; no hay más. Existen, claro está, documentos de variada índole, abundante correspondencia, contratos, testamentos, actas de los cabildos y otras corporaciones. Pero si exceptuamos el poema de Ercilla, en cuanto a textos de mayor aliento literario, solo tenemos estas tres crónicas, que engendran la literatura y la historiografía en Chile.

Desde entonces, caudales de tinta pueblan nuestra memoria a través de las crónicas: el joven oficial Francisco Núñez de Pineda, derrotado y capturado por los mapuches, descubre la dignidad y el jolgorio de sus hospitalarios enemigos. El mestre de campo Jerónimo de Quiroga va al rescate de una española cautiva y ella se niega a regresar con los cristianos. El jesuita Diego de Rosales, sitiado por el mestizo Alejo en Boroa, transforma los libros sagrados en mechas y los cálices en balas de plata. John Byron sufre el vértigo del naufragio, los

rigores de la naturaleza y las arremetidas de las santiaguinas. Carvallo y Goyeneche registra el partido de chueca en el que se jugó el destino del obispo de Concepción.

Curas, soldados, viajeros y aventureros utilizan la crónica como ejercicio que fija la existencia en la palabra escrita, registrando el derrotero de los hombres y el rostro del territorio. Sin embargo, la gran mayoría de estas crónicas fueron desconocidas para sus contemporáneos. El libro era un bien escaso, casi inalcanzable en un país sin imprentas. Mucho después, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, historiadores chilenos como Benjamín Vicuña Mackenna y Diego Barros Arana se lanzarían a revolver las bibliotecas y archivos europeos en demanda de estos textos perdidos, casi mitológicos. La búsqueda, apasionada y no exenta de peligros, daría pie para otra historia, copiosa en falsificaciones, pistas torcidas, dobles identidades y lóbregas catacumbas, más propia de una novela de detectives que de la parsimonia de los bibliófilos. Gracias a estos esfuerzos la crónica de Góngora Marmolejo fue rescatada y publicada en Chile en 1862; Mariño de Lovera salió de imprentas en nuestro país en 1865. La crónica de Vivar, la más antigua y la más completa, se perdería por siglos, para emerger en las bóvedas de un banco de Perpignan durante la Segunda Guerra Mundial y sumergirse otra vez y ser descubierta en la Newberry

Library de Chicago. Sería publicada, al fin, por el Fondo Medina de la Biblioteca Nacional en 1966.

Esta distancia entre la producción y el acceso a las obras literarias comenzaría a menguar desde la mañana del 13 de febrero de 1812. Otra crónica, la *Memoria histórica de la Revolución de Chile*, de Fray Melchor Martínez, daría cuenta de esa jornada: “No se puede encarecer con palabras el gozo que causó este establecimiento: corrían los hombres por las calles con una *Aurora* en las manos, y deteniendo a cuantos encontraban leían, y volvían a leer su contenido, dándose los parabienes de tanta felicidad, y prometiéndose que por este medio pronto se desterraría la ignorancia y ceguedad en que hasta ahora habían vivido, sucediendo a éstas la ilustración y la cultura que transformaría a Chile en un reino de sabios”.

Medida de este arrebató letrado es el nombre que se le adjudicó a nuestra primera imprenta: “la máquina de la felicidad”. Es comprensible que el primer periódico generara expectación, pero en Chile ocurría algo más. Nuestro país había sido de los últimos dominios españoles en poseer una imprenta. Y este adelanto se materializa justo en los inicios del proceso de emancipación. De este modo, la revuelta política coincide con esa otra revolución cultural que es la instalación de la imprenta. Los principios ilustrados que habían prefigurado

y alimentado la Independencia nacional emergen y se difunden cuando más se les anhelaba. De ahí la satisfacción de ver fijadas en letras de molde las ideas que hacía poco apenas se murmuraban.

Y más aún, estas ideas se multiplican y propagan en numerosos ejemplares de periódicos. No se trata tan solo del contenido, sino también del volumen y de la difusión. Gracias a la prensa, la cultura letrada ya no será el patrimonio exclusivo de unos pocos ojos privilegiados.

La confluencia de política revolucionaria, cultura ilustrada modernizante y difusión cultural periodística se refleja nítidamente en la prensa de ese tiempo. Abundan los discursos patrióticos y las reflexiones filosóficas. Se reproducen informaciones de diarios extranjeros, se da cuenta de la suerte del movimiento revolucionario americano y se publican decretos, manifiestos, proclamas y otros documentos oficiales.

Aún no existe la pretensión de objetividad y el afán informativo de los medios de prensa modernos. Se asume una posición política y se defiende sin complejos. De ahí que la *Aurora de Chile* tenga como subtítulo la frase "Diario ministerial y político", subrayando la tarea de difusor de la voz del gobierno revolucionario y de proveedor de suministros argumentativos para la rudimentaria esfera

pública nacional. Por ello, escasean las informaciones referidas a hechos, privilegiando la opinión y la reflexión ideológica. Son periódicos casi sin noticias.

Pero como se muestra en esta antología, poco a poco comienzan a aparecer textos en los cuales se da cuenta de algún suceso ocurrido recientemente. Celebraciones bélicas, hechos de sangre y desastres naturales ocurridos en la ciudad de Santiago. Ahí el autor registra brevemente el acontecimiento. El festejo de la victoria patriota en Yerbabuena, primera batalla de nuestra Independencia, pródiga en interminables brindis patrióticos, la macabra aparición de dos ahorcados en la Plaza de Armas de la capital o la destrucción provocada por una centella que recorre y desmantela una casa patronal. De manera paulatina, estos relatos se van haciendo más extensos y detallados. Se describe el lugar, se da cuenta del aspecto y ánimo de los involucrados y se pondera su conducta. El autor asiste, registra y narra estos sucesos. Hay aquí entonces, de manera muy incipiente, un ejercicio que recoge la tradición de los cronistas de Indias de la Conquista.

Casi de manera simultánea surge otra clase de textos recogidos también en este libro, que reproducen sucesos vistos o incluso protagonizados por el autor: los partes militares. Con el estallido de las guerras de Independencia, las noticias sobre la suerte de los ejércitos patriotas constituyen

ciones re-
reflexión

poco co-
cuenta de
ones béli-
rridos en
emente el
a en Yer-
endencia,
la maca-
Armas de
centella
e manera
xtensos y
l aspecto
ducta. El
aquí en-
ue recoge
quista.

ctos reco-
sos vistos
militares.
a, las no-
nstituyen

informaciones del más alto interés. En un lenguaje seco, de informe oficial, los partes militares reviven en la prensa las antiguas crónicas bélicas que pueblan el género, desde la *Anabasis* hasta nuestra *Relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Así, José de San Martín testimonia la batalla de Maipú: la bravura de los ataques, la tenacidad de la defensa, la caballería acuchillando los flancos enemigos y el campo de batalla cubierto por dos mil cadáveres. Lord Cochrane escribe, apenas extinguidos los fuegos del combate, la crónica del asalto a las fortalezas de Valdivia con apenas 350 hombres, la audaz persecución del enemigo al interior de los fuertes y el súbito derrumbe de un sistema de defensa considerado inexpugnable.

Pero habrá otra dimensión en la cual los militares serán reemplazados por los científicos como herederos de una antigua vertiente de la crónica, aquella que refiere a los viajes y exploraciones. Aquí jugará un rol fundamental el periódico *El Araucano*, dirigido por Andrés Bello. Órgano oficial del gobierno conservador desde 1830, continuará sosteniendo el rol de la prensa doctrinaria, pero con un carácter único. El Estado, atento a explorar un territorio aún desconocido y calibrar sus límites y recursos, recibe, auspicia y difunde estos reconocimientos. Dos piezas representativas de esta vertiente se incluyen en esta antología. Una es la de Claudio Gay, que registra

su asombro ante la exuberancia de la Araucanía, padece los espantosos caminos sureños y pondera la hospitalidad del cacique del lago Ranco. La otra es de Charles Darwin, que testimonia la experiencia de sufrir un terremoto en Concepción –apenas podía sostenerse en pie– y se sobrecoge ante la devastación.

Ya sea por los dramáticos acontecimientos de estos tiempos fundacionales, o por el interés de las autoridades en darlos a conocer, las crónicas abundan en hitos y personajes excepcionales. La efeméride de una batalla, la ejecución de un criminal o el viaje a una frontera apenas develada, todos ellos constituyen sucesos culturales, sociales y políticos emanados de la autoridad.

Sin embargo, habrá otras crónicas, derivadas de las anteriores, que pondrán su atención ya no en grandes episodios o personajes de renombre, sino en sujetos comunes y en la vida cotidiana. Un viaje de Santiago a Valparaíso, un buey arrollado por el ferrocarril o una función teatral serán los temas escogidos.

Como se ha visto, las primeras crónicas refieren a eventos y ceremonias irradiados desde el poder. Cuando los cronistas anotan y difunden estos acontecimientos actúan de una manera más o menos pasiva. Acuden al llamado de la autoridad y dejan constancia de sus ceremonias. En cambio, estos otros cronistas van en busca

de sus historias de manera activa. Rehúyen la conjunción entre vida social y política bajo el enramado oficioso de la ceremonia pública.

Una de las piezas ejemplares de esta narrativa incluida en esta selección es la de Domingo Faustino Sarmiento, que viaja de Santiago a Valparaíso, él solo, con la clara intención de indagar y registrar lo visto: recorre el puerto, ironiza con los baches gigantescos, se burla de los ingleses y se espanta del espectáculo del presidio ambulante. Una segunda crónica de esta línea autoral pertenece a José Joaquín Vallejo, Jotabeche, que visita Chañarcillo y documenta la agitada vida de este *far west* nortino: riñas y borracheras descomunales, fortunas perdidas en una mano de naipes, contrabando de plata, licor y mujeres. Esta actitud independiente y escrutadora se refleja también en el lenguaje. El estilo se hace más peculiar y espontáneo, hay más literatura y menos ideología. El autor va ganando en presencia y crea una voz propia.

Este giro autónomo de la crónica no es casual. Sarmiento y Jotabeche publican sus primeras crónicas en la década de 1840, tras el fin del decenio autoritario portaliano. La apertura política bajo el gobierno de Manuel Bulnes, el arribo de sabios extranjeros y sobre todo la instalación de la Universidad de Chile, serán los elementos que impulsen la vida cultural chilena, dándole vigor e independencia.

En ese clima irrumpen Bilbao, Lastarria y la generación literaria de 1842.

Hacia la segunda mitad del siglo XIX se dibuja un tránsito desde la prensa doctrinaria al modelo de prensa informativa. Surge una creciente y variada oferta comunicacional orientada por las funciones clásicas de los medios masivos: informar, educar y entretener. La crónica jugará un papel fundamental en este proceso, al vincular el período anterior, más cercano a la ideología política y el afán ilustrado, con la nueva etapa en que se demanda información y esparcimiento. La crónica, por su carácter fronterizo entre diversos géneros, permitirá combinar literatura, información y entretenimiento.

Esta transición de la prensa chilena se verá acelerada por un hecho histórico de la mayor importancia: la Guerra del Pacífico. El conflicto bélico obligará a realizar importantes innovaciones en el quehacer periodístico. La necesidad de información rápida que demandaba la opinión pública motivó a los principales diarios nacionales a despachar al "teatro de guerra" a los llamados corresponsales de guerra. El papel de estos cronistas fue el de registrar, redactar y comunicar de primera mano los diversos hechos de armas, así como la vida cotidiana de los soldados.

Algunos episodios de la Guerra del Pacífico están recogidos en esta antología. La crónica de una extravagante

cerem

batalla

sangre

El lúg

trinche

cadáv

chilen

los a

rrada

Here

tores

Gue

tecn

mur

a m

sibil

corr

de l

nad

gue

info

nac

díst

ent

de

tro

ceremonia realizada por culíes chinos en la víspera de las batallas por Lima, en la que sacrifican un gallo y beben su sangre jurando "matar y morir" por la bandera de Chile. El lúgubre recorrido por el campo de batalla de Chorrillos, trincheras, zanjas, casas y calles devastadas, sembradas de cadáveres y pertrechos militares. La entrada del Ejército chileno a Lima, bandas militares y resonar de botas sobre los adoquines, balcones y persianas herméticamente cerradas, rostros temerosos asomados por las rendijas.

Herederos de los cronistas de la Conquista y de los autores de los partes militares, los corresponsales de la Guerra del Pacífico contaron con los últimos adelantos tecnológicos de la era industrial en el ámbito de las comunicaciones. Obligados a despachar los hechos casi a medida que sucedían y condicionados por las posibilidades que les otorgaban las nuevas técnicas, los corresponsales irán produciendo una racionalización de los lenguajes periodísticos. Los periódicos, determinados a su vez por la importancia de las noticias de la guerra, se verán en la necesidad de ampliar su cobertura informativa. Para responder a estos desafíos, los diarios nacionales irán adoptando los modernos géneros periodísticos. A la vez, la especialización en los ámbitos de la entrevista, el reportaje y la crónica facilitará la adopción de la división del trabajo periodístico bajo los parámetros del capitalismo industrial.

La libertad estilística de la crónica, proveniente de sus orígenes literarios, comenzará a tener un límite fundamental: el carácter noticioso del hecho al que refiere. El estilo tenderá a ser más claro, sencillo y preciso. En ese marco valdrán todos los recursos formales, pero manteniendo la claridad comunicativa en función de un público determinado.

Así, en el marco del pensamiento liberal, comenzará a configurarse lo que Eduardo Santa Cruz denomina el periodismo de empresa, que se expresará plenamente a contar del siguiente siglo. Según él, este periodismo está directamente influenciado por la prensa estadounidense y “se definirá por su pretensión informativa y, consecuente con ello, por la generación de un mercado noticioso y de empresas suficientemente capacitadas para competir en él y desarrollarlo”.

Al recorrer estos primeros 70 años de prensa chilena en la búsqueda de crónicas, hemos estado atentos a una doble consideración. Desde una mirada histórica y gracias al valor testimonial de la crónica, hemos podido asomarnos por sobre los hombros de los cronistas para ser testigos de la historia viva del Chile del siglo XIX. Esto cobra aún mayor importancia si consideramos que por tres décadas, desde 1812 hasta 1842, la publicación de libros en Chile será mínima y la de obras historiográficas,

inexistent
impresa y
periódica
del siglo 2
sa local h
historia r
de la nac

Desde e
volumen
rrollo de
la produ
sivamen
publicac
tos más
la luz en
Un mo
cultura
las crón
Valpar
dirigir
doras,
segund
imprin
Con e
ploraci

inexistente. En consecuencia, la historia nacional será impresa y difundida de manera exclusiva por la prensa periódica, registrando los numerosos hechos de armas del siglo XIX. Los partes militares publicados en la prensa local harán la función de registros inaugurales de la historia nacional y soporte de la construcción simbólica de la nación chilena.

Desde el punto de vista periodístico, en este primer volumen hemos fijado la vista en el surgimiento y desarrollo de la crónica periodística chilena. El arranque de la producción literaria nacional se expresará casi exclusivamente en la prensa periódica. Los primeros relatos publicados en Chile, crónicas incipientes, acontecimientos más o menos oficiosos ocurridos en Santiago, verán la luz en hojas de periódicos, no en volúmenes de libros. Un momento clave, verdadero punto de inflexión de la cultura letrada chilena, lo constituirá la publicación de las crónicas de Sarmiento y Jotabeche en *El Mercurio de Valparaíso*. Posteriormente, en 1842, el mismo Sarmiento dirigirá *El Progreso*, de evidentes referencias modernizadoras, el primero en salir diariamente en Santiago y el segundo en Chile después de *El Mercurio*. Allí Sarmiento imprime su *Facundo* y publica nuevas crónicas.

Con esta doble prevención como guía de nuestra exploración, el hallazgo de crónicas y su evolución nos ha

permitido calibrar el desenvolvimiento de la prensa nacional, sus autores, sus medios y sus tendencias. Ha sido una suerte de bitácora para rastrear desde los orígenes de la prensa chilena hasta la aparición de las primeras empresas periodísticas, en pleno despegue hacia el periodismo moderno. Testimonio de los hechos, estilo depurado y autonomía crítica serán las herramientas forjadas por nuestros cronistas a lo largo del siglo XIX para descifrar y exponer a la sociedad chilena en ruta hacia la modernidad. Aquí van algunos trazos de ese largo camino.